

Joaquín Costa: *Nosce te ipsum* y otros textos autobiográficos de juventud. Edición de Juan Carlos Ara Torralba. Zaragoza, PUZ, 2021 (Larumbe. Textos Aragoneses, 105)

Cecilio Alonso
UNED Valencia

Este libro nos muestra a lo vivo las entrañas de las *Memorias* de Joaquín Costa, publicadas en 2011 por el mismo editor que ahora nos ofrece una serie de apuntes fragmentarios parcialmente simultáneos a la redacción de las mismas, bajo el socrático título global de *Nosce te ipsum*. Si dichas *Memorias* abarcaban, con algunas intermitencias, el periodo comprendido entre 1874 y 1880 los textos recuperados cubren un periodo más reducido, el de su infancia y primera juventud. Fueron redactados entre el verano de 1868 y el otoño de 1869 en Barbastro, cuando su autor contaba poco más de veinte años, en tres cuadernos de «borradores y bocetos», unas «notas biográficas» en un cuadernillo plegado por él mismo, algunas hojas sueltas y otros breves cuadernillos entre los que destaca el de semblanzas esbozadas de gente de su entorno (20 páginas), a modo de guiones en espera de ulterior desarrollo. Como advierte Juan Carlos Ara ambos textos fueron concebidos «en unos momentos cruciales de crisis de emancipación» en sus relaciones familiares o con su protector oscense Hilarión Rubio, que le exigieron la objetivación escrita de «su programa vital». (p. XXX)

Nosce te ipsum, sí, pero celoso de que pudiera trascender su ego más profundo, se acogía a otro lema de inspiración balmesiana -«No leáis el secreto de mi alma» (p. XIII)- que se reitera en la cubierta de los tres manuscritos principales de quien, en aquellas fechas,

ardía por comunicarse y entrar en todos los debates ideológicos de su tiempo. Esta advertencia «entre implorante y amenazadora» se repite en los cuadernos segundo y tercero, pero falta junto con las dos páginas iniciales en el primero, lo que lleva a Juan Carlos Ara a inquirir los posibles motivos de la pérdida durante la prolongada conservación de estos papeles sometidos a las diversas intervenciones de sus herederos, con la sospecha de que los párrafos extraviados entrañaran la explicación de aquel «secreto» tan bien guardado: «¿Fue una mano pudorosa la que arrancó cubierta y hoja inicial del primer cuadernillo?, ¿fue una ajena, posterior, de su hermano Tomás o de su hija Pilar Antígone?, ¿se debió a un simple descuido? No lo sabremos pero quizá el deseo de que *no leyéramos el secreto del alma de Joaquín Costa* pudo haberse cumplido. (pp. XIII-XIV y 2-5).

Los manuscritos que el editor ha ido rescatando laboriosamente en ambos casos -notas y memorias- sirvieron de documentación básica a George G. Cheyne para su biografía *Joaquín Costa el gran desconocido* (1972) pero, quizás ante la caligrafía cabalística del aragonés, no es de extrañar que el investigador británico antepusiera selectivamente su valor de fuente autobiográfica sin decidirse a abordar la transcripción y anotación exhaustivas de los papeles que, desde hace años, Juan Carlos Ara viene asumiendo con suma dedicación en su proyecto de procesar estos fondos archivísticos

Las dificultades de transcripción fuerzan a ajustarse imaginativamente a las particularidades caligráficas del objeto -que incluyen algunos criptogramas, jeroglíficos y abreviaturas convencionales- arriesgando cuando es preciso intervenir en la estructura de la frase para deshacer concordancias *ad sensum* o en algunos casos de leísmo (XXXVII), así como la inserción de notas añadidas y frases interlineadas en los manuscritos, junto a la decisión de adaptar ortografía y puntuación a las normas vigentes que Juan Carlos Ara adopta para evitar una edición paleográfica que pudiera «trasladar la dificultad de lectura original a un nuevo soporte». (p. XXXVI). Pero al fin, estos textos se editan y -como apunta con legítima satisfacción el editor- «pasan a ser *obra literaria*» (XII).

El sacar de los caóticos entresijos de una escritura «reservada» un libro legible para el lector del s. XXI ha sido un proceso de más de un decenio durante el cual el editor ha ido desgranando anticipadamente con firme empeño en varios artículos, consignados en la

bibliografía, los diversos contenidos y dificultades de este material oculto que nos permite acceder a una de las confesiones intelectuales más sinceras y precoces de su tiempo, en rigor retrato íntimo y autocrítico de la poderosa personalidad del joven Costa. Juan Carlos Ara opina con razón, que mediante el afloramiento de estos documentos quien fue tenido por «gran fracasado» y «gran desconocido» es ya más accesible a través de una publicación que enriquece notablemente el enteco tesoro general de testimonios autobiográficos de la literatura española (p. X).

Este material paralelo a unas *Memorias* más extensas -apuntes, borradores y recordatorio de impresiones y hechos- corresponden a unos años de especial efervescencia en la emancipación personal de Costa, entre frecuentes quejas sobre una infancia intelectualmente malograda por quienes -familia o maestros- tenían la responsabilidad de encauzar su dinámica inteligencia (pp. 5-6). En cierto modo, deseaba objetivar las consecuencias de la desorientación que había presidido su propio proceso educativo, producido en el contexto de la liberación mental del progresismo español en vísperas del Sexenio Democrático, marco histórico decisorio en el que se completa el proceso formativo del joven grafómano que, en 1868, modelaba la formación de un criterio racionalista basado en el ansia de saber y en la confianza en sí mismo, revisando una y otra vez su conducta como si se desdoblara en autor/receptor de su propio pensamiento, aspecto nuclear de dicho proceso fielmente captado por Juan Carlos Ara. El editor conjetura con todo fundamento que estos manuscritos íntimos son «producto de la tensión entre *exhibición* y *ocultación* que padeció el joven Joaquín Costa en su angustiosa voluntad por fabricarse su propia *Infancia célebre*». (p. XI).

El autor escribía estos borradores bajo el supuesto de que no los había de leer nadie más que él, pero entraba en contradicción consigo mismo cuando trataba de justificar las incorrecciones de la dicción o sus debilidades metodológicas. ¿Ante quién? ¿Sólo ante sí mismo? Podía pensar en un hipotético lector futuro que se topara con estos manuscritos inéditos y tratara de descifrarlos o explicarlos. Pero en la inmediatez de estos escritos dicho lector no es otro que un desdoblamiento de su propio espíritu insatisfecho. Como ejemplo, véase alguna de las innecesarias justificaciones sobre su riguroso sistema de trabajo, a propósito del negativo concepto que

le merecía el clero católico por aspectos de su conducta pública y privada que, a su entender, contribuían al indiferentismo:

Como lo he escrito en el supuesto de que no ha de leerlo nadie más que yo mismo, no está la dicción demasiado correcta ni el método muy a propósito. En cuanto a la esencia, he procurado que represente bien mis ideas sin exagerarlas demasiado ni callar cosas que dadas a la prensa pecarían de escandalosas e impías. Si bien parece que habiendo de leerlo yo solo no necesitaba escribirlo, sin embargo conviene tener reunidas de un golpe todas las apreciaciones que uno hace sobre un objeto, para compararlas y tomarlas cuando se necesitan sin fatigar la imaginación ni la memoria. Ese es mi sistema. (p. 23).

En primer grado el lector *in mente* era él mismo, pero en última instancia ¿no estaba encomendando la explicación de su sistema de trabajo intelectual a un editor/lector futuro? Con más evidencia vuelve a plantearse esta cuestión en la frase que cierra el primer cuaderno al tratar de imaginarse a sí mismo en función crítica en lo que aparenta ser un raptó de falsa modestia, ¿ante quién?: «¡Ah!, si yo pudiera leer estos miserables cuadernos después de muerto, de seguro me reiría compasivamente en la mayor parte de sus páginas. ¿Quién me ha dicho a mí que no estén todas llenas de vanidad?» (p. 66). De hecho, el joven Costa escribía bajo la pulsión de ser leído por otros. De este modo el aprendiz de escritor se sentía existir. Era el juego de la escritura. Escribo luego soy. Leer y escribir era la realización de aquel muchacho. «Mi afición a los libros era desmesurada. Los que yo podía encontrar en Graus ni servían ni bastaban a llenar este deseo infinito de saber que bullía en mi alma» (p. 5). Aquel muchacho de lenta formación fue los libros que leyó, concluye Ara. Un autodidacto enciclopédico, de una portentosa inteligencia natural. En él se fundía la formación oral -derivada de su condición agraria- y una irregular educación libresca. Por propia experiencia Costa tenía una tempranísima conciencia de la desesperante evolución del sistema educativo en las zonas rurales bajo el moderantismo liberal, agravado en su caso por las imposiciones paternas. Escéptico respecto a su futuro personal, perfila en estas

notas su particular utopía educativa pensando en una descendencia filial que imaginaba en mejores circunstancias que él para realizarse en plenitud. (105-113). Pero en 1868, ignorante del destino que le aguardaba, lamentaba el fracaso irremisible de su lenta formación intelectual: «Hanse cerrado para mí los horizontes: ¡veintidós años! ¡Y ninguna esperanza».

La propia infancia que evocaba en sus notas como una frustración quedaba apenas a diez años de distancia, o menos, del acto material de su escritura. Es cierto que sus límites intelectuales estaban condicionados por la geografía y la disciplina familiar, pero siempre había intuido que más allá de los peñascos de Graus había algo, un mundo que desconocía. El simple hecho de distanciarse de su inmediato pasado para pergeñar unas memorias tempranas, prematuras, concebidas con proyección de futuro, constituía un singular ejercicio imaginativo no exento de creatividad. Por ello la evocación de sus desordenadas lecturas campestres, su inclinación didáctica, la tímida osadía de enviar textos suyos bajo iniciales o bajo seudónimo deseando ver con secreta fruición el efecto que causaban..., dan lugar a pasajes de sabrosa lectura literaria en los que se mezcla la candidez con el sentido común.

J. C. Ara nos descubre que Costa sufría también la «enfermedad moral» de «figurar en la falange de los sabios», desmedida ambición que lo convertía en «héroe a lo Carlyle» (XIX-XX). El escritor en su juventud aspiraba a forjar «un carácter heroico por voluntad de ser un gran hombre y por oficiar también como cantor de sus propias hazañas», como venía siendo norma en el modelo rabiosamente individualista de quienes creían haberse hecho a sí mismos, a la contra, en una sociedad hostil. En esta tendencia a la sublimación del esfuerzo para alcanzar el destino de ser alguien -que en el fondo tanto tiene de romántica al sentirse malgrado o íntimamente insatisfecho, propenso a la iracundia propia de un *corazón salvaje*- observa el editor rasgos que lo aproximan al *great man* esbozado por Thomas Carlyle, sin que pueda asegurarse, claro es, que el aragonés tuviera noticia de él en 1868. Costa se auto percibía como poseedor de un carácter heroico, forjado en el trabajo solitario, estudiando metódicamente, con una memoria y una imaginación asombrosas. Era orgulloso y humilde, vanidoso, tímido e iracundo, pero sus arrebatos de insatisfacción contribuían a aproximarle al temperamento fuerte del ar-

quetipo del héroe decimonónico propuesto por Carlyle. Un ejemplo entre otros de su temprana conciencia de predestinado: en el curso 1864-65 estudió Historia Natural en el Instituto de Huesca donde redactó como trabajo escolar una *Clasificación artificial de los vegetales por medio de las hojas*, cuya revisión cuatro años después le hace escribir ponderativamente: «Conservo aún esta hoja para mí tan curiosa. Podré comprender ahora que es una utopía o un absurdo como allí está iniciada pero al menos me demuestra que *yo no había nacido para permanecer en la oscuridad.*» (cursiva mía, p. 14).

Hay varias páginas destinadas a enumerar sus aportaciones intelectuales desde 1864 hasta el momento de redactar *Nosce te ipsum* en julio de 1868 (pp.16-22). Los más nimios detalles de su actividad mental quedan fijados en estos bocetos. En 1864 concibió el proyecto de escribir una tragedia titulada *El 5 de marzo en Zaragoza*. Sin fuerzas para poderla acabar, empujado por un «secreto instinto» que lo llevaba a donde debía ir, quiso dejar escrita la idea por si acaso más adelante pudiera desarrollarla. «Esto me ha sucedido varias veces con escritos proyectados cuyos títulos no recuerdo, y me sucede aún hoy mismo algunas veces» (p. 17). Resulta muy ilustrador el inventario de sus «composiciones» y proyectos correspondientes a estos años de formación donde mezcla asuntos técnicos y agrarios, con otros religiosos, históricos, geográficos y folklóricos, que evidencian su desbordante actividad mental para idear nuevos motivos de estudio sin haber dado cima a muchos de ellos porque, en aquellas fechas, iban más allá de su propia preparación o porque alguien le hacía caer en la cuenta de que descubría mediterráneos, como le pasó hacia 1865, cuando se le ocurrió el «brillante» invento de componer un diccionario de rimas, hasta que don Benjamín del Riego le descubrió que ya existía tal género de libros. «No sé si será cierto» apostillaba con ingenuo recelo todavía en 1868. (p. 25).

Son apuntes íntimos permanentemente abiertos a revisión en la cerrada esfera de su intimidad. Costa muestra diverso grado de auto-satisfacción/auto reserva cuando vuelve sobre ellos para ampliarlos o para incluirlos en sus *Memorias*. Por ello el profesor Ara considera en estos manuscritos dos planos: el de la escritura y el de la revisión (o revisiones) del autor, admitiendo también algunos posibles retoques debidos a deudos y editores. El resultado es un nivel óptimo de complementariedad entre el texto de *Nosce te ipsum* y las *Memorias* que

el editor contribuyó a divulgar tan eficazmente hace un decenio. En este aspecto hay que constatar la persistente interacción de ambos escritos. En sus generosas notas a pie de página, Juan Carlos Ara registra constantes grados de solapamiento, coincidencias u omisiones. No menos de una cincuentena de referencias comunes prueban el íntimo parentesco entre las dos exposiciones. Una vez editadas las *Memorias* -nos dice Ara- restaba «el compromiso ineludible de hacer lo propio con su texto complementario», *Nosce te ipsum*. «Si Costa pretendió redactar en aquellas una especie de memorándum o minuta de acontecimientos personales bajo la forma de diario, en el texto de 1868 emprendió la difícil tarea de diseccionar su intimidad hasta los límites que su pudor -su naturaleza reservada- le permitía.» (p. XIV). En efecto, basta la lectura paralela de un par de páginas coincidentes en el tiempo -p. ej. las referentes a febrero y marzo de 1867, que recogen su segunda llegada a Madrid y su salida rumbo a París- para comprobar la mayor propensión a la reflexión interiorizada de estos apuntes frente al predominio de la objetividad narrativa de las *Memorias*. En este sentido, por la ambición y desgarrero de este juvenil testimonio introspectivo, podría concluirse que *Nosce te ipsum* expresa el periodo más genuinamente romántico de su biografía. Su posterior adentramiento en los círculos racionalistas madrileños está precedido de la experiencia crucial vivida en 1867 -«el año del despertar de mi entendimiento» (p. 45)- en su viaje a la Exposición Universal de París como pensionado albañil:

¡Oh! 1867 en las páginas de mi historia es el año de tránsito entre una vida que expira y otra vida nueva que principia, adivinada ya mucho antes por mi instinto, activo y profundo como la penetrante vista de un sonámbulo... [...] Qué infierno de ideas su cruzan en la mente! Mi cabeza antes de 1867 es un satélite insignificante, después ha quedado transformado en brillante planeta completamente desconocido: de esa materia cósmica llamada Exposición ha sido creado un mundo nuevo. (pp. 46-48).

No menos decisivo que su estancia en París fue el destronamiento de Isabel II cuya noticia recibió sorprendido en Graus (octubre de 1868) con inicial pesimismo: «...¿qué me importa a mí que

haya libertad o tiranía si no ha de lucir nunca para mí el sol de los hombres felices, si no me ha de abandonar jamás la adversidad?» (p. 118). Pero a su regreso a Madrid, tras haber asistido a mítines y manifestaciones republicanas, leer periódicos y tratar con personalidades del partido federal, acepta la militancia sin abdicar de su convicción de que en política el hombre era más importante que el sistema o el partido y expresa sus temores de que la república se pudiera imponer por las armas acarreado anarquía y dictadura, servidumbres para el ciudadano y ambiciones desmedidas para los mandatarios. «El sistema republicano necesitaba «para subsistir y dar buenos frutos una gran dosis de moralidad o de instrucción en el pueblo» y -concluía escéptico- naciones como España, Francia o Italia no tenían «lo uno ni lo otro.» (p. 122). No obstante, estas prevenciones se diluyen, junto a los residuos religiosos de sus lecturas balmesianas, ante «la irrupción de la realidad exterior y la aparición de nuevas ilusiones» en su vida, que hieren de muerte al proyecto de *Nosce te ipsum*. (p. XXV). A partir de 1869 su intimidad queda confiada a la facticidad de sus *Memorias*.

Entre las hojas sueltas manuscritas recuperadas por Juan Carlos Ara tienen especial interés literario las referentes al esbozo de un proyecto autobiográfico que bajo el título original *Mi vida*, luego *Una vida*, modificado para sugerir mayor distanciamiento, como si hubiera previsto transformar en ficción el relato biográfico. Hay cuatro capítulos en diverso estado de desarrollo, desde un inventario de sensaciones, aficiones librescas o musicales, descubrimientos naturales, experimentos y curiosidades agronómicas, en su mayor parte ya referidas en los cuadernos principales, hasta esbozos de secuencias en diversos estados de desarrollo, algunas en forma dialogada donde trata de reconstruir las situaciones de incompreensión familiar que le obsesionaban, conservando todavía en el borrador nombres verídicos de personas, insertando notas al pie e incorporando aragonesismos grausinos en busca de la mayor verosimilitud, como bien aprecia Ara. «El niño Costa» anotaba los detalles más nimios, generalmente resaltando su incansable actividad y las trabas con que tropezaba, aunque no rehuía el ironizar sobre los ensayos fallidos del «agronimillo». El esquema narrativo apunta agilidad y desemboca en el corolario alegórico de un protagonista que en manos de «unos padres pobres y de unos parientes ignorantes y

avaros» es destinado a la Iglesia: «Alma sensible, nacida para el entusiasmo, para la gloria, para todo lo grande; talento profundo... El infierno derribó su barquilla en un mar de fuego que quemó en ella el último vestigio de consuelo, ¡la esperanza!». (p.154).

Las *Semblanzas* -escritas mayormente entre diciembre de 1868 y noviembre de 1869- son unas breves notas en clave concebidas como un «estudio sobre los hombres» que - como avisa el editor (p. XXVIII)- «persevera en el consejo balmesiano de estudiar el carácter y el resorte último de los demás hombres», lo que no es óbice para que incluya entre ellos su propia etopeya optimizada. «Los caracteres que retrata Costa son literalmente despedazados por su inclemente pluma» -escribe Ara-. [...] «Difícil y agrio, exigente con los demás y consigo mismo» termina auto concediéndose mayor espacio que a los restantes retratados: «Todo lágrimas. Corteza de salvaje, corazón de ángel. Al exterior es hielo, pero dentro todo fuego devorador. Sus propósitos son levantadísimos. Carácter naturalísimo, tal vez de otro siglo, tal vez de otro mundo. Joven de días y viejo de aficciones...» (p. 182)

Completa este volumen el texto de sus dolidas apostillas a la *Declaración* (1872) de su ruptura con su mentor oscense, el tradicionalista Hilarión Rubio (p. XXIX), producida tanto por diferencias ideológicas de fondo como por sentirse Costa avasallado en su amor propio por los que consideraba abusos en el derecho de tutelaje que habían ensombrecido su antigua relación: «Don Hilarión vale mucho como amigo y como enemigo; yo no valgo más que como amigo: como enemigo soy enteramente inválido y baldío» (p. 197).

La preparación de este tipo de ediciones suele ser muy ardua y exigente en paciencia y recursos filológicos. Por ello son tanto más de agradecer cuando traen a la luz y explican -lejos de tópicos reductivos- los secretos más escondidos de una precoz voluntad comunicativa que, en el caso de Costa siempre, a lo largo de su vida, adoleció del último paso para encontrar su plena realización.